



**EQUIS**  
XIS

Alejandro Manríquez<sup>1</sup>

Laura Chavez<sup>2</sup>  

**RESUMO:** Conto do escritor chileno Alejandro Manríquez, com tradução para o português de Laura Chavez.

**Palavras-chave:** Conto. Chile. Equis. Xis.

**ABSTRACT:** Short story by Chilean writer Alejandro Manríquez, translated into Portuguese by Laura Chavez.

**Keywords:** Tele. Chile. Equis. Xis.

---

<sup>1</sup> Escritor Chileno. E-mail: [cabrochilco2@gmail.com](mailto:cabrochilco2@gmail.com)

<sup>2</sup> Licenciada en Lingüística Aplicada a la Traducción. Traductora Profesional inglés-portugués-español. Universidad de Santiago de Chile. E-mail: [laura.chavez@usach.cl](mailto:laura.chavez@usach.cl)

## Equis.

Alejandro Manríquez

/Luz entrecortada en diagonal, galaxia oblicua de polvo inquieto, acaso partículas, acaso bichos, acaso pedazos del todo, por lo tanto, pedazos de mí. Interrogante, inquietud, incapacidad de preguntar, por motivos del cuerpo. Carcasa, acaso. Ocaso, ósculo solar que el Artesano llama atardecer, o Por la mierda que hace frío, mientras frota sus manos y espera que aflore el fuego desde la lata. Plata, o falta de ella. El costo del pan, el costo de la tuerca, el costo del clavo y el valor de la lluvia, que a algunos refresca, a otros ahoga. A mí me quema. Hache, inmóvil a mi lado, espejo axial que se mueve mientras yo permanezco quietx, y viceversa. Mi hermana Hache, y yo, Equis. Parece como si nunca estuviéramos en el mismo plano, aunque una vez me miró y yo la miré, y casi salimos del carro. Descarrilamos, en potencia. Hay algo inquietante en el movimiento sin rumbo. Mi padre, el Artesano, descansa entre metal y metal. Quizás creó otro hermano para mí y Hache, aunque lo más probable es que sólo haya logrado un cadáver que nunca estuvo vivo. Cadáver hermoso, cadáver exquisito, cables soldados al fuego, soldaditos de plomo y aluminio, enlace covalente, amor filial, cautín. El padre enojado, frustrado o eufórico (cuando hace su oficio por amor al arte), trabajando de sol a sol para solventar al estómago y carburar las manos: apéndices insaciables, como serpientes. Como hidras que no se regeneran. Cómo va unx a entender esas cosas, llevando adentro un corazón hidráulico.

La Odisea, lectura obligada para cada noche, cada momento libre y cada paréntesis de clientela en su puesto de feria, donde él lee mientras intenta vendernos, sentado junto al carrito de las frutas. Porque el triciclo donde nos transporta todas las mañanas, con el propósito de deshacerse de sus creaciones a cambio de unos cuantos pesos, sirve también de biblioteca errante. Así que saca la Odisea, la ojea y, con algo de suerte, la lee en voz alta. Hache escucha en silencio. Yo me imagino el mar y a Ulises intentando luchar contra él. Agarrar agua con los dedos, retener el agua entre tornillos, agradecer el aceite que me suelta las piernas para hacer tic-toc sobre la mesa, tic-toc en la vereda, tic-toc frente a los niños que me miran y dicen mamá, cómprame ese juguete, tic-toc como Ulises, que parece hacerle caso a sus dioses a pesar de las consecuencias. Acaso tendrá opción. No lo sé, pero me gustaría averiguarlo. Sé que el Artesano no nos va a vender a menos que no le quede alternativa, pero, ante la posibilidad, me preparo. Es que me gustaría irme antes de que me lleven. Hacer tic-toc por la ciudad hasta que se me caigan los tornillos. Pero entonces miro a Hache, mi pobre hermanita coja, manca, sorda, muda y quizás ciega, cómo saberlo. Después miro a mi padre, el Artesano, el Dios borracho

con manos de mago, tufo de vino y tos de perro. El alquimista que le pone corazón a las piedras, aunque puede que las piedras ya tengan corazón y él sólo ejerza una descarga eléctrica. Él, que no sabe tomar agua si no está fermentada o destilada, adherida al fantasma de la uva. Él, que siempre deja sus herramientas sobre la mesa del taller en medio de la mediagua, a orillas del río. Él, que es de carne y hueso, de voz y tos rasposa, de alguna manera supo cómo ahuecar las cuencas de mis ojos y el resbalín cóncavo de mi pecho con la misma gubia. Me pregunto si acaso el corazón animal será convexo. Cómo saberlo, si en su biblioteca trashumante no hay ningún atlas de anatomía. Sólo novelas, sólo ficción, y una biblia gastada y una épica de lomo partido. El contraste absoluto entre el frío del río y el canto de las sirenas. Pero tampoco entiendo de frío. Sé que puede matar, sobre todo a quienes, como el Artesano, se dejan morir de a poco, hundidos en su barba desprolija, comiendo migajas sobre el suelo húmedo, priorizando el vino al pan. A veces pienso que, si él muere por causas naturales, será mi culpa. Luego pienso que, ante todo, merezco libertad. Hache merece libertad. El Artesano merece una muerte digna, es decir, por el filo de su propia gubia. Al menos así sabrá que es, efectivamente, un alquimista. Sabrá que hace magia. Que talló voluntad donde debería haber sólo inercia. Que su último acto en este mundo será mirarme a los ojos con orgullo, y decir yo sabía, mijo, yo sabía. Porque, por razones que no comprendo, me hizo hijo, y a Hache hija. Sin preguntarnos qué somos realmente. Entonces le abriré el pecho para estudiar el corazón. Luego probaré un poco de vino, agarraré a Hache, la subiré al paño de feria y la arrastraré río arriba, a riesgo de mojarme los tornillos.

/Esta cárcel sin rejas cuyo límite es el campo visual del Artesano y, de manera un poco más tangible, las paredes podridas de la mediagua. El rumor del agua por fuera, haciendo eco en todas las paredes, de modo que no hay forma de saber de dónde viene, hundiendo la casa en un mar invisible. Qué pasará si me mojo. Quizás Hache está mojada por dentro, y por eso no se mueve. Quizás la solución es mucho más simple de lo que pensaba: abrirla y secar sus partes con un paño. Luego armarla pieza por pieza con sumo cuidado, pues no tengo las manos del Artesano, y decirle hola, hermana, bienvenida. Ella abrirá la boca. Desgraciadamente, será muda. La voz no es algo que aparezca de pronto. Primero fue el verbo, no así la voz. Nunca terminé la biblia, porque el Artesano la atesora todas las noches debajo de la almohada. Lo poco que leí me pareció fascinante, ridículo e incomprensible a la vez. Cuando me vaya la llevaré junto a la Odisea, para entender el límite entre la ficción y la fe. Por lo que he podido deducir desde que comencé a entender el código de los vivos (aquellos con carne, pues aun no entiendo el rumor del agua ni la pulsación de las piedras), no hay

forma de escapar a los mitos. Si el Artesano no se ha suicidado es únicamente porque cree. En qué, no estoy seguro. Puede que sólo crea estando borracho, adorando a Dionisio por sobre Apolo, y por eso se cura hasta quedar hecho bulto, destapado y a medio caer del catre. Qué más puedo hacer sino taparlo. Como decía, no quiero que muera por causas naturales. Mi hermana, en cambio, lo mira fijo desde la mesa, con la caja de herramientas a su lado. Casi rozando su mano. Yo me acerco haciendo tic-toc, como siempre, para decirle al oído que todo va a estar bien, y que se prepare para ser libre. Faltan dos horas para el amanecer. En el intertanto imagino a Ulises, tic-toc, cambio de página, tic-toc, la ira de Polifemo, tic-toc, Penélope esperando con su tejido infinito. El Artesano se gira roncando. Dejo el libro en el carrito, tic-toc, vuelvo a la mesa, tic-toc, me pongo en la posición inánime y finjo no mirar. Él se despereza, dice buenos días niños, toma un trago de vino añejado en la caja abierta, sale a mear (lo sé por el sonido; un río de cauce intermitente que sólo vive a través del cuerpo), vuelve a la mediagua, come la mitad de sopaipilla que no pudo terminar la noche anterior, y se prepara para comenzar el día. A trabajar, dice. Nos toma con delicadeza para posarnos como hueso sacro al fondo del carro. También guarda la caja de herramientas. Una de las gubias escapa del estuche donde las guarda y cae directo en mis manos, encajando en la tuerca. Esto debe ser lo que los cristianos llaman milagro. Los tornillos de Hache brillan como luciérnagas cada vez que se cuele un rayo de luz a través de la manta de franela que nos cubre. Partición de gloria, según el libro de arte clásico que sirve de tabla de corte del Artesano, pero eso será relevante en otro momento (eso espero). Estoy listx, aunque creo que hay muchas cosas que debo dilucidar antes de despedirme del Artesano. Una de ellas, absurda pero no por ello menos importante, es el dilema del meado.

/La feria ajetreada, los gritos de los feriantes que publicitan sus manzanas, o sus lechugas, o sus tomates, los mejores del país según ellos, a dos kilos por luca. Los vendedores ambulantes les hacen competencia, pregonando por la calle en espera de algún cliente que les compre un chocolate o un chicle para el niño. Pienso que esta escena podría estar incluida en la biblia, pero claro, no hay forma de saber cómo vendían chicles en Judea. Supongo que no era tan distinto. Siempre se ha comido pan, luego, siempre ha habido ferias. Incluso en Sodoma, incluso en Troya y, sobre todo, en Santiago. Es que esta feria es la más grande del mundo, no puede ser de otra forma. Es cierto, no tengo cómo ver el mundo exterior; todo el camino desde la mediagua hasta la feria lo paso dentro del carro, pero asumo que no hay lugar con tanta gente junta, tantos productos y tan variados, como esta calle. También puede que la distancia sea relativa a quien la recorre. Por eso, cuando me lleve a Hache, lo primero que vamos a hacer será visitar el río Éufrates. Construiremos un barco con las herramientas del Artesano y zarparemos sin mirar atrás. Si Cortázar dice que Todos los fuegos el fuego, entonces

Todos los ríos el río. Todos los viejos el viejo. Todas las tuercas la tuerca. Quién sabe. El punto es que hay más ferias, eso es indiscutible.

El Artesano busca un trozo de madera en el carro. Saca el estuche de las gubias, la madera, una lija y un pañuelo (para finiquitar el lijado con un toque materno; la única seña de cariño femenino que es capaz de entregarnos), revolviendo todo porque, al parecer, notó que se le perdió algo, pero aún no sabe qué. Sólo Hache y yo sabemos, y mi hermana sabe guardar secretos. Ella es de confianza. No puedo decir lo mismo de mis hermanos, que miran todo sin ver nada, escuchan sin oír, tienen volumen pero no cuerpo. A veces alguien los compra como juguetes, otras como pisapapeles. En el mejor de los casos pasarán la vida sentados en el marco de una ventana con vista a la cordillera, o quizás hacia la costa, para ver el atardecer.

La feria está a punto de cerrar y sigo teniendo el mismo número de hermanos. Justo antes de que el Artesano se dé por vencido, una señora se acerca curiosa y pregunta por el precio de Hache. Mi hijita va a estar de cumpleaños, dice, sacando la billetera. El Artesano duda durante unos segundos. Disculpe señora, dice, pero ese está defectuoso. Le ofrezco cualquiera de los otros, con un descuento de quinientos pesos. Cualquiera, pregunta la señora. Cualquiera, repite él. Ella lo piensa un poco y se decide por el hermano más conveniente en relación precio-volumen. Él lo envuelve en papel de regalo (de dónde lo sacó, misterio), y se despide con una sonrisa. Acto seguido, tose. Estuvo conteniendo la tos durante toda la transacción, y sale raposa como de perro callejero. Nos guarda con prisa, porque a esta hora llegan los guardias a espantar vagabundos. La calle está oscura. La luna está empañada por el fieltro. Espero que, al llegar a casa, cuando nos saque, no vuelva a buscar la gubia, porque la punta sobresale por sobre mis hombros.

/Las sábanas desparramadas sobre la cama, la lata de cerveza volcada sobre ellas, la caja de herramientas abierta, la brisa fresca de la rivera santiaguina; única arteria de este titán de cemento. La mancha rojiza en la almohada. El Artesano despertó más temprano de lo usual. Nos saludó y se dispuso a cumplir con su ritual matutino, pero no lo completó. Sólo entonces me di cuenta de que tenía sangre seca en el dorso de la mano.

Anoche dejé la gubia escondida en el hueco entre el mesón y la ventana, pero él no se dio cuenta al levantarse, o al menos no se da por entendido ahora, concentrado en calentarse las manos con el vapor de la tetera. Hoy no trabajamos mijo, dice, y tose. Me hace pensar en la lepra, pero claro, más allá de los síntomas físicos, no entiendo de malestar. Asumo que los espasmos respiratorios implican dolor. Hache parece haberse girado en dirección a la cama, aunque puede ser un efecto de la luz. El Artesano

enciende la cocinilla, vierte agua y cuece arroz. No le echa sal. Suda profusamente, puede que sea por el fuego pero también puede que tenga fiebre. En un ataque de tos derriba la olla. Conchasumadre, grita, intentando no quemarse los pies. Se agacha para recoger los restos. Siento que es el momento indicado para matarlo, pero algo me hace dudar. Está llorando. Me mira directo a los ojos, y apenas me deja tiempo para detenerme. Sonríe con las cejas en posición de dolor, como si tuviera dos caras divididas por un eje deformado. Las expresiones humanas no son fáciles de decodificar, pero creo entender lo que quiere decir con ésta. Creo que entiende. Creo que Hache espera, pacientemente, que pase lo que debió hacer pasado hace mucho tiempo. Doy un paso adelante. Tic. Él se desmaya. Cae de cara al arroz, derribando a Hache con el hombro. Así me doy cuenta de que sé correr.

No sé cómo lo levanté, menos aún cómo lo metí a la cama. Pienso en los hijos guachos de los dioses, esos que se dan cuenta de su procedencia divina cuando el padre decide aparecerse después de años de ausencia, para decirles que tienen un poder y un deber ineludibles. Pienso también en los dioses feos. Pienso en Hefesto. Pero eso puede esperar; ahora debo bajar la fiebre del Artesano. Tiene los ojos rojos e hinchados y la piel amarillenta. Sigue tosiendo, quizás más de lo que inhala, como si de pronto su cuerpo hubiera decidido respirar hacia afuera. Llegó el momento. Su parte animal quiere dejar de ser. Sé que me está viendo por entre el delirio de la fiebre, de la vejez y de su (alma) ebria, pero no estoy seguro de que entienda lo que está pasando. No hay vuelta atrás. Busco la gubia. Entonces él alarga el brazo hacia Hache para acariciarla. Luego saca un destornillador del bolsillo de la chaqueta, respirando trabajosamente, para insertarlo en una ranura en su cuello. Da un par de giros. Listo, dice, dejando el destornillador a un costado, antes de posar a Hache junto a la cama. Yo trepo las sábanas y me paro en su pecho. Alzo la gubia por sobre la cabeza. Articulo mis primeras palabras. Chao, Artesano, digo. Él sonríe, y exhala sus últimas. Chao Equis, susurra. Su corazón hace tic-toc. Le dejo respirar por última vez, y le entierro la gubia en el pecho.

/Antes de salir cierro sus ojos y pongo una tuerca sobre cada uno de ellos, para pagarle a quien sea que lo ayude a cruzar el último río. La mediagua queda en silencio. Ni siquiera suena el agua, porque ya se volvió tumba. Tomo a mi hermana de la mano y la arrastro hacia afuera. Lo logramos, digo, entendiendo por fin qué significa que la voz esté entrecortada. Ahora podemos construir nuestro barco, añado. Ahora podemos zarpar donde queramos. Ella se tambalea. Comienza a crujiir. Su pierna izquierda tiritita. Da un paso hacia delante. Luego la derecha, luego la izquierda. Todo su cuerpo vibra, exigido a su máxima capacidad para avanzar sin necesidad de una manilla. No logro creer lo que está pasando, así que observo, quietx, mientras se aleja. Poco a poco se acerca hacia el río. Hache, grito,

vuelve. El agua le lame los pies, el viento le besa la cara. Por mucho que corra, no puedo hacer nada. Ella se detiene un segundo, con la espuma a la altura del pecho. Me mira. Sus engranes chirrían. El río la apura. Quizás si el Artesano le hubiera puesto engranajes en la cara podría saber si sonríe o si llora. Tic-toc, hace. Tic-toc.

## Xis

Alejandro Manríquez

Tradução de Laura Chavez

/Luz intermitente diagonal, galáxia oblíqua de poeira inquieta, talvez partículas, talvez insetos, talvez pedaços de tudo, portanto, pedaços de mim. Questionamento, intranquilidade, incapacidade de perguntar, por causa do corpo. Carcaça, talvez. Crepúsculo, ósculo solar que o Artesão chama de pôr do sol, ou "Merda, que frio", enquanto ele esfrega as mãos e espera o fogo sair da lata. Prata, ou a falta dela. O custo do pão, o custo da porca, o custo do prego e o valor da chuva, que esfria alguns e afoga outros. Ela me queima. Agá, imóvel ao meu lado, espelho axial que se move enquanto eu permaneço paradx, e vice-versa. Minha irmã Agá e eu, Xis. Parece que nunca estivéssemos no mesmo plano, embora uma vez ela olhou para mim e eu olhei para ela e quase saímos do carro.

Nós descarrilamos, possivelmente. Tem algo inquietante no movimento sem rumo. Meu pai, o Artesão, descansa entre metal e metal. Talvez ele tenha criado outro irmão para mim e para Agá, embora seja mais provável que ele tenha conseguido apenas um cadáver que nunca esteve vivo. Belo cadáver, cadáver delicioso, fios soldados a fogo, soldadinhos de chumbo e alumínio, ligação covalente, amor filial, ferro de solda. O pai, furioso, frustrado ou eufórico (quando faz seu trabalho por amor à arte), trabalhando de sol a sol para acalmar o estômago e carburar as mãos: apêndices insaciáveis, como cobras. Como hidras que não se regeneram. Como é possível entender essas coisas, tendo um coração hidráulico em seu interior?

A Odisseia, leitura obrigatória para todas as noites, todos os momentos livres e todos os intervalos dos clientes em sua barraca de feira, onde ele lê enquanto tenta nos vender, sentado ao lado do carrinho de frutas. Porque o triciclo em que ele nos transporta todas as manhãs para se livrar de suas criações em troca de alguns reais, também funciona como uma biblioteca errante. Então ele pega a

Odisseia, folheia-a e, com sorte, lê em voz alta. Agá ouve em silêncio. Eu imagino o mar e Ulisses tentando lutar contra ele. Pegar água com os dedos, segurar a água entre os parafusos, agradecer pelo óleo que solta minhas pernas para fazer tique-taque na mesa, tique-taque na calçada, tique-taque na frente das crianças que olham para mim e dizem: "Mamãe, compra aquele brinquedo para mim", tique-taque como Ulisses, que parece ouvir seus deuses apesar das consequências. Talvez ele tenha uma escolha. Não sei, mas gostaria de descobrir.

Sei que o Artesão não nos venderá a menos que não tenha escolha, mas, diante da chance, eu me preparo. Gostaria de ir embora antes de me levarem. Fazer tique-taque pela cidade até meus parafusos caírem. Mas então olho para Agá, minha pobre irmãzinha coxa, maneta, surda, muda e talvez cega, como eu poderia saber? Então olho para meu pai, o Artesão, o Deus bêbado com as mãos de um mágico, o fedor de vinho e a tosse de um cachorro. O alquimista que coloca o coração nas pedras, embora talvez as pedras já tenham um coração e ele apenas exerce uma descarga elétrica. Ele, que não sabe beber água a menos que seja fermentada ou destilada, ligada ao fantasma da uva. Ele, que sempre deixa suas ferramentas sobre a mesa da oficina no meio da meia-água, na beira do rio. Ele, que é de carne e osso, de voz e tosse rouca, de alguma forma soube como esvaziar as órbitas dos meus olhos e o escorregador côncavo do meu peito com a mesma goiva. Eu me pergunto se talvez o coração animal seja convexo. Como posso saber, se em sua biblioteca transumante não há um atlas de anatomia. Apenas romances, apenas ficção, uma Bíblia gasta e um épico de lombada partida. O contraste absoluto entre o frio do rio e o canto das sirenes. Mas eu também não entendo o frio. Sei que ele pode matar, especialmente aqueles que, como o Artesão, se deixam morrer um pouco de cada vez, afundados na sua barba desarrumada, comendo migalhas no chão úmido, dando ao vinho prioridade sobre o pão. Às vezes penso que, se ele morrer de causas naturais, a culpa será minha. Depois, penso que, acima de tudo, eu mereço liberdade. Agá merece liberdade. O Artesão merece uma morte digna, ou seja, pelo fio da sua própria goiva. Pelo menos assim ele saberá que é, de fato, um alquimista. Ele saberá que faz mágica. Que ele esculpiu a vontade onde deveria haver apenas inércia. Que seu último ato neste mundo será olhar-me nos olhos com orgulho e dizer: "Eu sabia, filho, eu sabia". Porque, por razões que não entendo, ele fez de mim um filho e de Agá uma filha. Sem nos perguntar o que realmente somos. Então abrirei meu peito para estudar o coração. Depois, beberei um pouco de vinho, pegarei Agá, a puxarei para cima do tecido da feira e a arrastarei rio acima, correndo o risco de molhar meus parafusos.

/Essa prisão sem grades cujo limite é o campo de visão do Artesão e, de forma um pouco mais tangível, as paredes apodrecidas da meia-água. O barulho da água lá fora, ecoando em todas as paredes, de modo que não há como saber de onde ela vem, afundando a casa em um mar invisível. O que acontecerá se eu me molhar? Talvez a Agá esteja molhada por dentro, e é por isso que ela não se move. Talvez a solução seja muito mais simples do que eu pensava: abri-la e secar suas partes com um pano. Depois, montá-la novamente, peça por peça, com muito cuidado, pois não tenho as mãos do Artesão, e dizer: "Olá, irmã, bem-vinda". Ela abrirá a boca. Infelizmente, ela será muda. A voz não é algo que aparece de repente. Primeiro veio o verbo, não a voz. Nunca terminei de ler a Bíblia, porque o Artesão a guarda todas as noites debaixo do travesseiro. O pouco que li achei fascinante, ridículo e incompreensível ao mesmo tempo. Quando eu partir, vou levá-la junto com a Odisseia, para entender a fronteira entre ficção e fé. Pelo que consegui deduzir desde que comecei a entender o código dos vivos (aqueles com carne, pois ainda não entendo o murmúrio da água ou a pulsação das pedras), não há como escapar dos mitos. Se o Artesão não cometeu suicídio ainda, é apenas porque ele acredita. Em que? Não tenho certeza. Talvez ele só acredite quando está bêbado, adorando Dionísio em vez de Apolo, e é por isso que ele bebe até tomar um porre, fica descoberto e meio que caindo da cama. O que mais posso fazer além de cobri-lo? Como eu disse, não quero que ele morra de causas naturais. Minha irmã, por outro lado, olha para ele diretamente da mesa, com a caixa de ferramentas ao lado dela. Quase roçando em sua mão. Eu me aproximo fazendo tique-taque, como sempre, para dizer a ela em seu ouvido que tudo vai ficar bem e que se arrume para ser livre. Faltam duas horas para o amanhecer. Nesse meio tempo, imagino Ulisses, tique-taque, virada de página, tique-taque, a ira de Polifemo, tique-taque, Penélope esperando com seu tricô infinito. O Artesão se vira roncando. Deixo o livro no carrinho, tique-taque, volto para a mesa, tique-taque, me coloco na posição inanimada e finjo não olhar. Ele acorda, dá bom dia às crianças, toma um gole de vinho envelhecido na caixa aberta, sai para fazer xixi (percebi pelo som; um rio de fluxo intermitente que só vive por meio do corpo), volta para a meia-água, come a metade da sopaipilla que não conseguiu terminar na noite anterior e se prepara para começar o dia. "Vamos ao trabalho", diz ele. Ele gentilmente nos pega e nos coloca como um osso sagrado na parte de trás do carrinho. Também guarda a caixa de ferramentas. Uma das goivas escapa do estojo onde ele as guarda e cai direto em minhas mãos, encaixando-se na porca. Isso deve ser o que os cristãos chamam de milagre. Os parafusos de Agá brilham como pirilampos toda vez que um raio de luz atravessa o cobertor de flanela que nos cobre. Partição de glória, de acordo com o livro de arte clássica que serve como tábua de corte do Artesão, mas isso será relevante em outra ocasião (espero). Estou listx, mas acho que há

muitas coisas que preciso esclarecer antes de me despedir do Artesão. Uma delas, absurda, mas não menos importante, é o dilema do xixi.

/A feira movimentada, os gritos dos vendedores de feira anunciando suas maçãs, suas alfaces ou seus tomates, os melhores do país, segundo eles, a dois quilos por R\$ 5. Os vendedores ambulantes competem com eles, vendendo na rua, esperando que um cliente compre um chocolate ou um chiclete para a criança. Acho que essa cena poderia ser incluída na Bíblia, mas é claro que não há como saber como eles vendiam chicletes na Judeia. Acho que não era muito diferente. Sempre se comeu pão, portanto, sempre houve feiras. Até mesmo em Sodoma, até mesmo em Troia e, acima de tudo, em Santiago. Esta feira é a maior do mundo, não pode ser de outra forma. É verdade que não tenho como ver o mundo exterior; passo todo o trajeto da meia-água até a feira dentro do carro, mas presumo que não há lugar com tanta gente junta, tantos produtos e tão variados, como nesta rua. Pode ser também que a distância seja relativa à pessoa que a percorre. Portanto, quando eu levar Agá comigo, a primeira coisa que faremos é visitar o rio Eufrates. Construiremos um barco com as ferramentas do Artesão e navegaremos sem olhar para trás. Se Cortázar diz "Todos os fogos o fogo", então todos os rios o rio. Todos os velhos o velho. Todas as porcas a porca. Quem sabe. A questão é que há mais feiras, isso é indiscutível.

O Artesão procura um pedaço de madeira no carrinho. Ele tira o estojo das goivas, a madeira, algumas lixas e um lenço (para finalizar o lixamento com um toque maternal; o único sinal de afeto feminino que ele é capaz de nos dar), remexendo em tudo porque, aparentemente, percebeu que perdeu alguma coisa, mas ainda não sabe o quê. Somente Agá e eu sabemos, e minha irmã sabe como guardar segredos. Ela é de confiança. Não posso dizer o mesmo de meus irmãos, que olham para tudo sem ver nada, ouvem sem escutar, têm volume, mas não têm corpo. Às vezes alguém os compra como brinquedos, às vezes como pisa-papéis. Na melhor das hipóteses, eles passarão a vida sentados no quadro de uma janela com vista para as montanhas, ou talvez para a costa, para ver o pôr do sol.

A feira está prestes a fechar e eu ainda tenho o mesmo número de irmãos. Pouco antes de o Artesão desistir, uma senhora curiosa se aproxima e pergunta sobre o preço da Agá. Minha filhinha vai fazer aniversário, diz ela, sacando a carteira. O Artesão hesita por alguns segundos. "Desculpe-me, senhora", diz ele, "mas esse está com defeito. Eu lhe ofereço qualquer um dos outros, com um desconto de R\$2. "Qualquer um?", pergunta a senhora. "Qualquer um", ele repete. Ela pensa um pouco e escolhe o irmão com a melhor relação preço-volume. Ele o embrulha em papel de presente (onde ele o conseguiu, mistério) e se despede com um sorriso. Então ele tosse. Ele esteve segurando

a tosse durante toda a transação, e ela sai estridente como a de um vira-lata. Ele nos guarda com pressa, porque nesse horário os seguranças chegam para expulsar os vagabundos. A rua está escura. A lua está embaçada pelo feltro. Espero que quando chegarmos em casa, quando ele nos tirar, ele não procure a goiva de novo, pois a ponta está acima dos meus ombros.

/Os lençóis espalhados na cama, a lata de cerveja virada sobre eles, a caixa de ferramentas aberta, a brisa fresca da beira de Santiago; a única artéria desse titã de concreto. A mancha avermelhada no travesseiro. O Artesão acordou mais cedo do que o normal. Ele nos cumprimentou e iniciou seu ritual matinal, mas não o completou. Só então percebi que ele tinha sangue seco nas costas da mão.

Ontem à noite, deixei a goiva escondida no vão entre o balcão e a janela, mas ele não o percebeu quando se levantou, ou pelo menos não se importa agora, concentrado em aquecer suas mãos com o vapor da chaleira. "Hoje não temos trabalho, filho", diz ele, e tosse. Isso me faz pensar em lepra, mas é claro que, além dos sintomas físicos, eu não entendo o desconforto. Presumo que os espasmos respiratórios impliquem em dor. Agá parece ter se virado na direção da cama, embora isso possa ser um efeito da luz. O Artesão liga o fogão, coloca água e cozinha o arroz. Ele não adiciona sal. Está suando muito, talvez por causa do fogo, mas também pode estar com febre. Em um acesso de tosse, ele derruba a panela. "Foda-se!", ele grita, tentando não queimar os seus pés. Ele se abaixa para pegar as sobras. Sinto que é o momento certo para matá-lo, mas algo me faz hesitar. Ele está chorando. Me olha diretamente nos olhos, mal me dando tempo para parar. Ele sorri com as sobrancelhas em uma posição de dor, como se tivesse dois rostos divididos por um eixo deformado. As expressões humanas não são fáceis de decodificar, mas acho que entendo o que ele quer dizer com essa. Acho que ele entende. Acho que Agá está esperando, pacientemente, que aconteça o que devia ter acontecido há muito tempo. Eu dou um passo à frente. Tique. Ele desmaia. Ele cai de cara no arroz, derrubando Agá com seu ombro. É assim que percebo que sei como correr.

Não sei como o levantei, muito menos como o coloquei na cama. Penso nos meninos órfãos dos deuses, aqueles que percebem sua origem divina quando o pai decide aparecer depois de anos de ausência, para lhes dizer que eles têm um poder e um dever inescapáveis. Penso também nos deuses feios. Penso em Hefesto. Mas isso pode esperar; agora preciso baixar a febre do Artesão. Seus olhos estão vermelhos e inchados e sua pele está amarela. Ele continua tossindo, talvez mais do que inspira, como se seu corpo tivesse decidido soltar a respiração de repente. Chegou a hora. Sua parte animal quer deixar de existir. Sei que ele está me vendo através do delírio da febre, da velhice e de sua (alma) embriagada, mas não tenho certeza se ele entende o que está acontecendo. Não há como voltar atrás.

Eu pego a goiva. Então ele estende seu braço para acariciar a Agá. Em seguida, ele tira uma chave de fenda do bolso do paletó, respirando com dificuldade, para inseri-la em uma fenda no pescoço dela. Ele a gira algumas vezes. "Pronto", diz ele, deixando a chave de fenda à parte, antes de colocar Agá ao lado da cama. Subo nos lençóis e fico de pé em seu peito. Levanto a chave de fenda acima de minha cabeça. Artigo minhas primeiras palavras. "Tchau, Artesão", eu digo. Ele sorri e dá seu último suspiro. "Tchau, Xis", ele sussurra. Seu coração faz tique-taque. Eu o deixo dar um último suspiro e enterro a goiva em seu peito.

/Antes de sair, fecho seus olhos e coloco uma porca em cada um deles, para pagar quem o ajudar a atravessar o último rio. A meia-água está em silêncio. A água nem faz barulho, porque já se transformou em um tumulto. Pego minha irmã pela mão e a arrasto para fora. "Conseguimos", eu falo, finalmente entendendo o que significa o fato de a voz estar trêmula. "Agora podemos construir nosso barco", acrescento. Agora podemos navegar para onde quisermos. Ela balança. Começa a ranger. Sua perna esquerda treme. Ela dá um passo à frente. Depois a direita, depois a esquerda. Todo o seu corpo vibra, forçado ao máximo para avançar sem a necessidade de uma bengala. Não consigo acreditar no que está acontecendo, então fico observando, imóvel, enquanto ela se afasta. Lentamente, se aproxima do rio. "Agá", eu grito, "volta". A água lambe seus pés, o vento beija seu rosto. Não importa quanto eu correr, não consigo fazer nada. Ela para por um segundo, com a espuma na altura do peito. Olha para mim. Suas engrenagens rangem. O rio a empurra. Talvez se o Artesão tivesse colocado engrenagens em seu rosto eu poderia saber se ela está sorrindo ou chorando. Tique-taque, continua. Tique-taque.

Recebido em: 08/11/2024

Aprovado em: 16/12/2024

### **Como citar este conto**

MANRÍQUEZ, Alejandro, Equis/Xis. Conto Chileno. Tradução: Laura Chavez. **Revista Narrares** – V.2, N.2, Jul-Dez, 2024, pp. 189-200.